

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS
TERCER PREMIO

Un día.

Agarrado a la almohada Mario vivía sus últimos minutos de sueño antes de que amaneciera. Siempre que se despertaba se sorprendía de la enorme variedad de sueños que podía tener en una sola noche. ¿Significaban algo? ¿O eran sólo la “basura” del cerebro”?

A esa misma hora Martín se encontraba también en la cama pero su posición era muy diferente. Siempre dormía boca arriba, y con el cuello girado hacia un lado: la mitad de las veces a la derecha, la otra mitad a la izquierda. Su cuerpo estaba relajado pero lo más extraño era la sensación de orden que transmitía incluso dormido. Cuando volvía a cambiar la posición de su cuello del lado izquierdo al derecho, sonó el despertador. No solo se despertó, sino que hizo una perfecta abdominal hasta quedar a los pies de la cama. Sólo una persona en muy buena forma física es capaz de levantarse así. Y es lo que nos mostraría a continuación. Series cortas. Ocho, nueve y diez. Sólo 10 ejercicios por zona corporal. Nueve y diez. Pero no parecía que se dejase ningún músculo por ejercitar. Y diez. Un buen desayuno es un buen comienzo del día por lo que dejaremos que desayune sin que le miremos más.

Mario se asomó a su balcón y vio el nuevo día. Vio los colores cálidos del Sol en las nubes, y el frío de la noche condensada en gotitas. Vio a los peatones. Algunos con prisa y otros sin ella. Un grupo de los que no tenían prisa eran los que paseaban al perro. Le pareció que debían tener una gran disciplina para seguir los horarios de sus perros. Siempre eran los primeros de la mañana y los últimos de la noche. Pero se les veía tranquilos. Ellos y sus perros muy tranquilos. Más allá vio el atasco de la autovía y se dijo que más valía que se metiera adentro, que si se quedaba más tiempo mirando llegaría tarde al trabajo.

Martín iba al trabajo en su coche. El trayecto era una sucesión de tramos en los que podía correr y otros en los que estaba parado. El tráfico puede parecer variable, pero Martín conseguía correr un poco más o un poco menos, cambiar de ruta, buscar atajos y siempre llegaba puntual. No estaba solo en el coche. Tenía un canal de comunicación directa con el mundo. Los tipos un cuarto de punto por debajo; no cambiará la composición de su cartera de acciones. La nieve no alcanzará los 5 cm; el fin de semana irá a la playa. Cae el gobierno de Francia; cerraré el contrato hoy mismo.

Mario se sentó en el vagón del metro. El trayecto era largo pero sin transbordos por lo que se había convertido en un lector voraz. No todos los libros le producían una

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS
TERCER PREMIO

gran emoción. Algunos sólo suponían entretenimiento. Pero sí descubría, cada varias semanas, una historia que le conmovía. Se maravillaba de los personajes, del lenguaje, del autor. Solía decir que estaba leyendo el mejor libro del mundo. Sí, y lo decía todos los meses. Maravillado por un juego de palabras del libro levantó la mirada y vio el resto del vagón. Miró a cada uno. Aburridos. Dormidos. Algunos leyendo libros. Muchos con el móvil. Le pareció maravillosa la sensación de la lectura que se extiende en el tiempo, que es eterna, frente a los mensajes de unos segundos y unos caracteres y volvió a sumergirse en su libro.

Cuando llegó al trabajo vio la pila de tareas pendientes y pensó que debería ponerse a trabajar bien, porque la semana pasada había acumulado más trabajo del que fue capaz de sacar adelante.

Martín salió de la reunión a la hora prevista y con los dos cafés en el cuerpo que había previsto. Había conseguido trasladar la urgencia de firmar el contrato y había repartido los flecos en pequeñas tareas que no tenía duda que cada miembro del equipo sabría hacer. Y hacerlo en 3 horas. Todavía estaba a tiempo y otra vez conseguiría acabarlo aunque otra vez exprimiendo cada minuto contra el reloj.

Al llegar a casa se sintió cansado pero solo se permitió esa sensación mientras que no fue consciente de ella. Un segundo o dos. Tuvo que revisar las agendas de sus hijos. Iban muy bien en el colegio y se preguntaba si les había transmitido con claridad a cada uno de ellos esa responsabilidad por el deber, esa satisfacción por el trabajo bien acabado y la emoción de encontrar cuáles son sus límites y una vez identificados, superarlos.

Mario llegó cansado a casa pero satisfecho porque era el primer día en una semana que había conseguido bajar la bandeja de asuntos pendientes. Saludó a todos los de casa y se hundió en el sofá. Estaba realmente cansado. El sofá era muy blando. Alguna vez se había quedado medio dormido imaginando que el sofá se lo tragaba y toda la familia le buscaba sin poder encontrarle. Estaba muy bien en el sofá. No se podía estar mejor. Dos niños se echaron encima de él y pudo comprobar que sí se podía estar mejor. Les abrazó, pero el cansancio hizo que los brazos se relajasen y cayeran.

Martín descubrió que no veía nada. Miró en todas direcciones pero no vio nada. Miró arriba y abajo pero no veía. Cerró los ojos y los volvió a abrir para saber si se había quedado ciego o es que estaba en un lugar sin luz. No estaba seguro, pero no sintió nada especial en la vista por lo que posiblemente estaba encerrado en un sitio sin luz. El suelo parecía firme. Se agachó y no supo decir de qué estaba hecho, pero era un suelo sólido. Intentó extender los brazos para encontrar unas paredes que no notó.

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS
TERCER PREMIO

Dio un paso al frente, pero no se chocó con nada, dos a la derecha y nada, tres hacia atrás pero no encontró el límite y cuatro a la izquierda sin resultado. Se dió cuenta que había tomado un gran riesgo. Podría haber agujeros y haber caído al buscar las paredes. Tenía que ser muy precavido. Se agachó y extendió su cuerpo por el suelo, reptando hacia adelante buscando un límite que no encontró. Siguió avanzando, pero cada pequeño avance que reptaba, aumentaba su miedo.

Mario miró a su alrededor. Miró pero no vio. Le gustaba mirar y fijarse en los detalles por lo que le sorprendió no ver nada. A lo mejor estaba dormido. Recordaba la ensoñación del sofá que le tragaba. Pero conocía los trucos para saber si estaba en un sueño: hacer cosas imposibles como volar, pellizcarse y notar la reacción, hacer movimientos bruscos o gritar para así despertarse. Parecía que dormido no estaba. Cerró los ojos para concentrarse en el resto de sentidos. No era muy lógico cerrar los ojos cuando de por sí no veía nada, pero era algo que había aprendido desde niño y no iba a cambiarlo ahora. No oyó nada pero no le inquietó. No sabía a qué olía pero sí le pareció que era agradable. La temperatura era agradable, algo cálida. Dijo "Hola" y lo oyó con claridad pero sin ningún eco. Era un lugar muy amplio. Lo siguiente que iba a decir era "¿Hay alguien ahí?" pero le pareció que eso solo lo decían los personajes de las peores novelas, por lo que ya no dijo nada más. No obtuvo más sensaciones por lo que decidió ponerse a andar. Adelante. No podía disfrutar del paisaje, pero sí de esa temperatura, de ese olor que no conocía y de ese lugar que empezaba a descubrir y que le hacía sentir una profunda paz.

Juan de la Cosa.